

Secreto de estado: Un análisis

Por

Jorge A. Sanguinety

De todo lo que se ha dicho, escrito, pensado, inventado y especulado sobre el estado de salud de Fidel Castro en los últimos doce o trece meses, todavía no tenemos una explicación buena o mala del por qué el gobierno cubano lo ha clasificado como secreto de estado. Los muchos cronistas y los pocos analistas que nos entretienen con las noticias sobre la falta de noticias en Cuba, se han concentrado en criticar la medida y hasta burlarse de ella sin conseguir rasgar la superficie de las razones que la explican. Yo creo que esto es una manifestación adicional de lo poco que comprendemos cómo opera la dictadura cubana, lo que nos ha llevado a nunca saber cómo atacarla eficazmente.

Todos sabemos que información es poder. El apotegma lo escuchamos y lo utilizamos frecuentemente. En realidad necesitamos información para poder tomar decisiones acertadas. La falta de información es como la falta de luz. Tener información adecuada nos ayuda a tomar decisiones correctas. El rango de las decisiones que podemos tomar en cualquier momento mide la amplitud de nuestras libertades. De ahí se desprende que la cantidad de información que tenemos está directamente relacionada con la cantidad de libertad que podemos disfrutar. Ahí está la clave de por qué los estados totalitarios minimizan la cantidad de información que sus ciudadanos reciben. Es una forma eficiente de reducir la libertad de los ciudadanos disminuyendo, aunque sin eliminar, la dependencia de la represión violenta para mantenerse en el poder. Esa es la esencia de lo que yo creo que se puede denominar la tecnología del totalitarismo. Sin información, los ciudadanos tienen que abstenerse de tomar decisiones o correr el riesgo de tomarlas y que resulten erradas. Si encima de limitar la información el estado la monopoliza y además la distorsiona, los ciudadanos son inducidos a tomar las decisiones favorables a los que gobiernan y adversas a ellos mismos.

Desde 1959, los asuntos públicos en Cuba comenzaron a ser secretos de estado paulatinamente hasta llegar al extremo que conocemos hoy. Pero esto no afecta sólo al ciudadano de a pié, si no a todos los miembros del aparato gubernamental incluyendo al propio Raúl Castro. A veces se llega al extremo de que ni siquiera se produce la información para que no pueda filtrarse a los propios funcionarios del gobierno. De ese modo los mismos funcionarios, incluyendo a los miembros de los círculos más poderosos no saben el verdadero estado de cosas del país. Por eso es que algunos se demoran tanto en mostrar su desacuerdo con el régimen y desertan después de muchos años de lealtad fingida o forzada. Un caso notorio es la carencia sistemática de información económica. Por ejemplo, no se conoce a ciencia cierta el estado de las cuentas nacionales ni de las fiscales del país, cuánto dinero entra y cuánto sale, cuánto gana o pierde la industria azucarera o la del turismo, cuáles son los ingresos reales y cuánto gastan los miembros del gobierno, etc.

Cuando el gobierno declara la enfermedad de Castro secreto de estado ejerce su poder totalitario de manera que nadie pueda tomar decisiones en base a lo que en realidad está ocurriendo. La medida está principalmente dirigida a los miembros del gobierno, aquellos pocos que teniendo inevitablemente una cierta cantidad de poder, aunque muy limitado, pueden usarlo para tomar decisiones adversas a los intereses del líder máximo o de sus sucesores. Pero el asunto es mucho más serio. En la incertidumbre, el enfermo y sus posibles sucesores estarán observando los movimientos y declaraciones de sus “colaboradores” más cercanos, los cuales, pensando en sus propios intereses personales, no necesariamente van a tomar decisiones compatibles con los de las esferas más altas. Por lo tanto, los miembros más poderosos del gobierno (¿Fidel? ¿Raúl? ¿El compañero o la compañera X?) prefieren dejarlos en la oscuridad. Se verifica entonces la máxima “la información es poder” pero sólo para los que controlan la información crítica. Su corolario “la incertidumbre es impotencia” se verifica para todos los demás.

Pero la incertidumbre es un arma que además de confundir o paralizar a los enemigos reales o potenciales del régimen, sirve para dividirlos. La falta de información provoca que las personas especulen sobre lo que está ocurriendo y lo que puede ocurrir y conviertan sus especulaciones en hipótesis de trabajo y planes contingentes que sólo por casualidad coincidirán entre si. Por otra parte, la incertidumbre ayuda a los desleales más indiscretos (o los peores actores) a manifestar inclinaciones o preferencias que los delatan, lo cual puede llegar a ser observado por la cúpula dominante por medio de sus servicios de seguridad o vigilancia interna. Efectivamente, la muerte de Fidel Castro después de tantos años de inmovilidad nacional abrirá espacios que han de beneficiar a muchos de sus seguidores y que, por lo tanto, estarán dispuestos a hacer lo que pudieran por acelerar los acontecimientos.

Es por eso que existe el secreto de estado, para mantenerlos en la oscuridad informativa, para que nadie pueda tomar decisiones que conspiran contra los intereses de los herederos. El hecho es que cuando esa muerte ocurra, habrá en Cuba un cambio de las fuerzas que mantienen la estabilidad del equilibrio actual y como todo es un secreto en Cuba, nadie sabe lo que ocurrirá después. Ni siquiera los herederos del trono.

JorgeAS730@aol.com

Miami, 31 de agosto de 2007